

Por una Ética de la Gestión Pública

Juan Félix Burotto Pinto

Universidad de Los Lagos, Santiago, Chile. Email: jburotto@ulagos.cl

Francisco Ganga

Universidad de Los Lagos, Santiago, Chile. Email: fganga@ulagos.cl

Resumen: La mayor complejidad para acercar la ética y la gestión pública es el desconocimiento epistemológico de la naturaleza no científica de los constructos que intentan hacer una reflexión seria de los quehaceres que les ocupan. En el trabajo se indagan las posibles ideologizaciones que se alojan tanto en una y otra disciplina, para proponer, a guisa de apuesta, que si se asume la inmersión de ambas en el discurso capitalista se las flexiona a favor del primero. Sólo la subversión del espíritu crítico haría posible remontar los individualismos, previo reconocimiento de la esencia cultural de lo humano, para, desde allí, encontrar las vinculaciones más legítimas posibles, lo que se ejemplifica con los ingenios filosóficos de Margalit y Freud.

Palabras clave: discurso capitalista, epistemología, sujeto, ideología, saber amo, sociedad decente, morbido, libido.

For an Ethics of Public Management

Abstract: The increased complexity in order to link ethics and governance is the epistemological ignorance of the unscientific nature of the constructs that try to make a serious analysis of the activities in which they get involved. In this paper we investigate the possible ideologizations that dwell in both disciplines, in order to propose, as an hypothesis, that if we assume the immersion of both in the capitalist discourse, they are bended in favor of the first. Only the subversion of the critical spirit would make possible to overcome individualism, previous acknowledgement of the cultural essence of what is human, in order to, from there, find the links most legitimate possible, which is brought to example with the philosophical wit of Margalit and Freud.

Key words: capitalist discourse, epistemology, subject, ideology, master knowledge, decent society, morbid, libido.

Por uma Ética da Gestão Pública

Resumo: A crescente complexidade para aproximar a ética ea gestão pública é o desconhecimento epistemológico da natureza nao científica das construções que tentam fazer uma reflexão séria dos problemas que lhes ocupam. No estudo foram investigadas as ideologizaciones possíveis que ficam tanto em uma e outra disciplina, para propor, por meio de aposta, assumindo que a imersão de ambos em o discurso capitalista opera a favor da primeira curva. Apenas com a subversão crítica seria superada o individualismo após o exame da essência cultural do ser humano, para, a partir daí, encontrar os nexos mais legítimos possíveis, o que mostra-se em os pensamentos de Margalit e Freud.

Palabras-chave: discurso capitalista, epistemología, sujeto, ideología, sociedad decente, mortido, libido.

* * *

Introducción

Uno de los temas de mayor complejidad que se pueden abordar dentro de los marcos de una epistemología operacionalizada con rigor es el que nos interesa. y entre las complicaciones no menores está la vastedad textual que se ocupa de la vinculación, a la postre, semiótica de ambos signos, la ética y la administración pública o, si se prefiere, la gestión pública. En la presente apuesta, se ha renunciado deliberadamente a la efectuación de un estado del arte del asunto, por su eventual longitud o porque en su brevedad abortaría el propósito de hacer sentido con dicha mirada. Antes bien, se ha intentado reflexionar sobre ambos constructos culturales y de su unión, para advertir de las variadas impropiedades que pueden devenir de una consideración apresurada de sus naturalezas. Es de este mismo ángulo desde donde se puede observar las posibilidades para un desborde de discursos meramente retóricos casi omnipresentes en tanto se mencione a lo ético o a la Ética como uno de sus articuladores, relevando el papel de una ética anudada a la gestión pública, cuestión decisiva para proyectar nuestros países a niveles de desarrollo real, en la superación de mitologías cargadas de auto referencia.

Cuestiones de sujeto y objeto

Cuando se aborda la expresión **ética** surge un problema semiótico más que inquietante: ¿qué es la ética? La polisemia del término es indubitable o, en una perspectiva todavía más abstrusa, si se acepta de acuerdo a Lacan la primacía del significante sobre el significado (S/s): la *ética* como Ste. desliza bajo sí un multiplicidad de significados. En efecto, la penetración de un enunciado en que se contenga la expresión ética evoca inconscientemente ora el tema de la no resuelta cuestión de ética versus moral, la ética como una disciplina que estudia lo moral, la ética como un programa axiológico o, “last but not least”, un reenvío a la codificación o codificaciones éticas presentes o mentadas como necesarias en su ausencia. Con todo, es imprescindible anotar que el peso del significante que nos ocupa es enorme, pese a su polisemia, y se hace gravitante e insistente en los discursos contemporáneos.

Un breve resumen de nuestras investigaciones, básicamente desarrolladas a propósito de los Congresos de la Sociedad Chilena de Enseñanza de la Ingeniería (Burotto, 2001 2004, 2005, 2006, 2007) apuntan a entender que desde los albores de la ética en tanto cuanto disciplina con los aportes platónicos y de Aristóteles, existía una dificultad no menor para que dicha disciplina adviniera a un estatuto científico, basculando, como lo

insinuáramos más arriba, entre la idea de constituirse en un corpus de investigación – cual sujeto – de una sociedad que maneja valores o constructos morales- conjunto de objetos – y, del otro lado, en hacer una serie de proposiciones axiológicas para llegar constituir un programa de lo que debe ser. Eclipsada esta visión en el Medioevo bajo la intensa visión de la Escolástica, la idea de una disciplina cede, en el hecho, a la instauración de una serie de programas morales que por de pronto eran, acordes con los paradigmas que a la sazón articulaban una teología como supremo saber – tributarias del ideario cristiano: la generación de la institucionalidad inquisitorial, pese a nuestra perplejidad actual, puede haberse hecho factible ante una identificación de lo ético con lo religioso, factor éste que, adicionalmente, era apuntalado por la fuerza.

El arribo del antropocentrismo y los trabajos de Descartes y Bacon, el nacimiento de la burguesía y la transformación del modo de producción feudal, la bienvenida a la razón como el “*summum bonum*” de los quehaceres humanos, hicieron el pasaporte a la modernidad; desde la cátedra y en más de algún texto hemos propuesto que ésta se soporta en cuatro pilares básicos, a saber, la omnipresencia de un yo autónomo, o un yo imperialista – “*cogito ergo sum*” –, la noción de que a la humanidad le acompañará un progreso insoslayable; la ciencia como proveedora de certezas definitivas y, finalmente, la ética como disciplina y programa universal y universalizable. Con el tiempo transcurrido desde que estas reflexiones fueron pergeñadas, no nos asalta ni la menor duda que más allá de la validez que pudiere otorgársele al cuaternario producido éste se constituye en un sistema sin compartimentos estancos entre sus elementos: las ciencia como constructora de certezas es impensable sin la idea de una razón omnipotente o sin el acicate de un progreso en perpetuo ascenso o la idea de una ética universal sin una apuesta por un yo plenamente autónomo o sin una historia conducida por el progreso – en donde por lógica y obvia consecuencia si yo estoy en una cumbre tengo derecho a especular a despecho de las creencias de quienes he superado y, por lo mismo, estoy en condiciones de endilgar por los rumbos de mis convicciones que, además, en su racionalidad declarada pudieren aspirar al estatuto de ciencia. Es Immanuel Kant, el que logra configurar este proyecto en donde se reemplaza el bienestar aristotélico por el bien, condenando cualquier afán empírico en pro de levantar un encomio ideológico al deber ser.

De alguna manera, es posible convenir que la modernidad a partir de cierto lapso, en los comienzos del siglo XX, empieza a experimentar la vulnerabilidad de sus cuatro basamentos o, expresado de otra manera, la erosión de los mismos. El yo autónomo se flexiona violentamente en el discurso freudiano, con la consolidación del mismo en la relectura hecha a partir de la década de los 50 por Jacques Lacan. La ciencia como saber supremo se disuelve con las alteraciones profundas de la cadena de las invenciones modélicas que podrían ser alegorizadas en la figura ejemplar de Kurt Gödel, con los respaldos epistemológicos de Thomas Kuhn, Kárt Popper, Michel Foucault o Edgar Morin. La noción de progreso auto persuadida de que la humanidad va de un menos a un más, podría ser cuestio-

nada con una lectura de trabajos sobre la cultura, verbigracia, de Claude Lévi-Strauss.

Finalmente, la ética kantiana recibe un primer espolonazo teórico considerable en la contundencia de la escritura nietzscheana con una postura que plantea a la moral a merced de los cambios paradigmáticos de la cultura vehiculados al través de los significantes y los deslizamientos a los que aludíamos más arriba. Esta primacía del significante es precisamente antipódica a las proposiciones de Kant en las que se apuntaba a la lógica de un significado perenne amarrado en el deber ser.

Rematemos con el tema ético-moral: en lo factual, las tres grandes catástrofes del siglo veinte, las dos guerras mundiales y sus desoladoras particularidades y el estalinismo terminan por erosionar la idea de un programa ético universalisable o, escrito de manera distinta, la ética kantiana –o todas aquellas con pretensiones hegemónicas– revela que a nivel general ha perdido toda vigencia. Sin embargo, cabe destacar que a nivel de los individuos tributarios de las influencias ideológicas actuales, ciertos perfiles de dicha construcción cultural siguen perfectamente vigentes.

Lo anterior, obliga a un pensamiento acaso obligatorio: si bien es cierto que la modernidad a nivel epistemológico parece sobrepasada, en el plano ideológico en el sentido peyorativo enunciado por Richard Geuss –ideología es aquí aquella que apuntala a un sistema de poder opresivo– ella sigue persistiendo a lo menos en la creencia en un progreso indefinido y en un apego a una ética que desde su raíz kantiana parece favorecer un indudable individualismo, al menos en vastos sectores de occidente.

Volviendo a mediados del siglo XX, ante la devastación de una ética sostenible para un mundo extenuado ante el fenómeno, se implementan dos salidas. La primera, de orden político, consiste en reflotar la idea de un catálogo jurídico de orden planetario que pudiese impedir la repetición de catástrofes tales como la “Shoá” o las mismas guerras mundiales, lo que queda reflejado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, suscrita unánimemente por los, a la sazón, representantes de la totalidad de los países de las Naciones Unidas, el 10 de diciembre de 1948. Tal catálogo por razones de soberanía nacional no recibió sino un apoyo parcial y fragmentario de las legislaciones particulares y no ha permitido la plena instauración de un tribunal internacional que condene las violaciones de los DD HH –de otro lado, abundantes y dramáticas hasta la fecha– con lo cual su eficacia ha sido en alguna medida menor. Con todo, es una pieza de ética de gran interés y que significa un referente constante en el plano moral con el valioso correlato de organizaciones no gubernamentales y movimientos nacionales e internacionales.

En el plano del pensamiento, los emprendimientos más importantes en orden a escapar del anudamiento de lo ético moderno han sido los de Martin Buber y Emmanuel Lévinas, quienes, partiendo de convicciones no siempre idénticas, han entregado como imprescindible la necesidad de una

ética dialógica en donde el yo sólo cobra sentido frente a tú (Buber) o en donde yo soy el responsable de todo otro (Lévinas). Se trata de advenir al sentido sí y sólo si el otro está plenamente legitimado en el discurso de la mismidad de quien le acompaña como habitante de un *topos* ineludible, el mundo.

Esta gruesa reflexión antecedente para quebrar todo intento de idealización de lo ético y para entender, quizá, que es imposible usar el significante ético o ética sin la obligatoria prescindencia de todo positivismo. La ética es, en sí misma, reflexión sobre un objeto, la moral, es un catálogo y/o un programa para las moralidades deseables pero también es un objeto de disciplinas que deseablemente deben estudiarla y, de acuerdo con Nietzsche, cuestionarla sin pausa.

Respecto de la administración pública o, ya lo escribíamos, la gestión pública, como validada por una suerte de “ciencia o ciencias de la administración”, la discusión epistemológica sobre la esencia de la misma no es, de verdad, una cuestión. En el hecho, sin entrar en el ya añoso asunto de si las denominadas ciencias sociales o ciencias humanas, es altamente improbable que una disciplina que sólo describa hechos, pese al empeño de tal encomienda, sea una ciencia, tal y como no lo son ni el derecho, la psicología o la educación. Es benéfico el declararlo, en tanto cuanto no se desnaturaliza ni la ciencia ni un quehacer de relevancia como sí lo es la gestión pública. Abreviando, la gestión pública examinada como un producido cultural es en sí misma un objeto de estudio que, con la mediación de sus agentes, puede reflexionarse a sí misma, como o hace la albañilería, la cartografía o la mecánica automotriz. A su turno, las denominadas ciencias de la administración hacen una suerte de análisis comparativo conjugando en el análisis, verbigracia, ciertos rasgos comunes de la empresa privada y la empresa pública. De tal manera, que sin que lo expuesto sea agravante sino quizá sincero, la gestión pública puede ser pensada desde el conocimiento de la operación gestional, sea por el mismo operador o por quien conociendo de los actuares en este campo, hace la morfología procedimental y las relaciones entre los componentes de los subsistemas en estudio, aunque en un mecanismo obvio existe un reenvío a un supuesto saber, las ciencias de la administración o, como algunos acotan, a la ciencia de la administración pública.

Respecto de la expresión supuesto saber, estamos dilatando la expresión lacaniana “SsS”, Sujeto supuesto Saber, que consiste, groseramente anotado, en que el lazo de la transferencia se posibilita en tanto cuanto el analizando cree que el analista saber lo necesario para proceder a la cura que el anhela; por su lado el analista no sabe sino que realiza su labor de escucha abandonándose a una intuición. En el caso en estudio, el operador y simultáneamente estudioso de los procesos gestionales, intenta su hallazgo (la “cura” que dispense sentido a sus afanes) suponiendo que quien le escucha –la ciencia de lo administrativo– le interpele científicamente porque, se supone, él sabe lo necesario, lo que desde un punto de vista epistémico no es así.

Una clarificación de nuestro punto de vista, puede otorgarla la lectura atenta del trabajo del profesor Omar Guerrero (Guerrero, 2001) “Nuevos Modelos de Gestión Pública”. El texto intenta presentar el estado del arte de la introducción planetaria de conceptos o, más precisamente, de nomenclaturas y lexicologías que bosquejan en su diseminación la importación de saberes generados en los protocolos disciplinarios del emprendimiento privado. Nuestro autor a lo largo de su exposición primero cohonesta la introducción del “*management*” anglosajón con el “*mégement*” francés que, como lo explica, tiene una filología que los vincula y, por lo mismo, semióticamente hace factible en las dos tradiciones una suerte de validación de la una a la otra. Luego de este exordio, el planteo es esquematizar la declinación de una tradición meramente burocrática de raigambre weberiana hacia un modelo posburocrático nacido de la influencia de de una contemporánea gestión en la que se importan, fruto de la globalización, rasgos obviamente traídos del seno de las esferas privadas. De manera taxativa se escribe “Cada administración pública individual debe quedar uniformada bajo un patrón universal, formado por cinco rasgos prominentes: el mimetismo de la empresa privada; la incorporación del mercado como proceso de confección de los asuntos públicos; el fomento a la competitividad mercantil; el reemplazo del ciudadano por el consumidor; y la reivindicación de de la dicotomía política-administración, sublimada como la antinomia *policy-menagement*.” (Ibid: s/n) Casi al rematar el texto y a propósito del denominado modelo posburocrático –que se apoya en “términos como cliente, calidad, servicio, valor, incentivo, innovación, empoderamiento (*empowerment*) y flexibilidad”– Guerrero afirma que “supone una etapa progresiva y superior desde el paradigma burocrático, está formado por los siguientes pasos: del interés público a los resultados que aprecian los ciudadanos; de la eficiencia a la calidad y el valor; de la administración a la producción; del control a la consecución de la adhesión a las normas; más allá de las funciones, la autoridad y la estructura; de la imposición de la responsabilidad a la construcción de la rendición de cuentas; de la justificación de costos a la provisión del valor; más allá de las reglas y de los procedimientos, y más allá de los sistemas administrativos en operación.” (Ibid: s/n)

Ante la ausencia de afirmaciones que contengan juicios de valor en pro o contra de estas nociones supuestamente nuevas, no cabe duda alguna que el autor desea consignar una realidad como insoslayable y, por dicha razón, queda excluida la sospecha metodológicas que ellas sean puestas en cuestión. El resumen evidenciado deviene, así, de la textualidad técnica hacia lo que podría sindicarse como un proclama ideológica. En consecuencia, las validaciones que se proponen son referentes del sistema político económico vigente y planetario, a saber, el FMI, el Banco Mundial y la OCDE.

Es plausible colegir de la lectura que hay, a lo menos, dos conclusiones que no importan mérito o deméritos axiológicos: el texto en estudio no es un discurso científico sino ideológico y político; la siguiente es que se incursiona en un área sancionada por el discurso capitalista, con todo lo

que ello significa para cada cual y lo que implica a partir de un examen técnico de lo ético en la contemporaneidad. Por fin, no es ocioso el traer a colación la compleja cuestión del sujeto y objeto: el sujeto que analiza la gestión pública es tributario, a menudo, de convicciones que lo anudan ideológicamente al objeto en estudio. Esta falta de distancia epistemológica no anula el intento pero implica un cuestionamiento del tercero que observa el proceso investigativo en curso. Es lo que hacemos con el texto de Guerrero: este sujeto anclado en su objeto, esta dupla es, para nosotros, un nuevo objeto de estudio y así, sucesivamente.

Una Ética para la Gestión Pública

Si se nos permite el expediente de una osada brevedad afirmemos, en una escritura más filosófica que de otra naturaleza, que las proposiciones sobre lo ético en tanto cuanto disciplina anotadas con anterioridad, están perfiladas en el seno de una élite que conforma un saber de punta de las mayores autoridades en el tema a lo largo del tiempo. Pero debería precisarse que a nivel del usuario común y corriente, en el campo de la doxa y no de la episteme –para recordar a Platón– la modernidad no nos ha abandonado y en vastos sectores de la comunidad, el progreso y una ética de raigambre kantiana sigue siendo el vademécum de actitudes y, consecuentemente, de acciones y de resultados conductuales en lo grupal que hacen red con otros tejidos de las mallas culturales que condicionan y, tantas veces, entranpan a los sujetos.

El psicoanalista Rolando H. Karoth y en un texto relevante (Karoth y, 2005) expresa “La transformación de la ética de Aristóteles efectuada por Kant consiste en la separación entre el bien y el bienestar, separación que resume el valor de la subversión producida por el filósofo Königsberg. La ética kantiana es una ética sacrificial pues se desarrolla dejando de lado todos los “objetos patológicos”, es decir, los objetos del bienestar, de modo tal que sacrificándolos el sujeto esta solo frente a la ley, pero no ante los contenidos de una ley sino ante su forma. Cuando se sacrifican todos los objetos de bienestar el sujeto queda solo y enfrentado a la voz del superyó. En esta ética se preanuncia el discurso capitalista pues esta posición nos advierte sobre el modo en que el mencionado discurso propicia que cada uno este solo con su plus-de-gozar. Se trata de un planteo donde lo universal sacrifica lo singular pero, sin embrago, da lugar al individualismo. Esta es la paradoja que se refleja en el discurso capitalista pues en esta forma de lazo social todos están universalizados en función del consumo que el mercado ordena, pero cada uno a solas con su plus-de-gozar, con los objetos de consumo del mercado que Lacan llamo *lathouses* o “letosas” palabras que rima con ventosas, es decir, objetos que funcionan como verdaderas aspiradoras del deseo y que prometen un goce. Estas “letosas” funcionan con una particularidad: se ofrecen como modelo de satisfacción del goce para todos, es decir, con la pretensión de universalizar las condiciones de goce que, sin embargo, no son universalizables pues el goce del Otro no existe. De esta manera se produce la proletarización de los sujetos que

quedan convertidos así en individuos sometidos a esta estructura”(...) “La expresión lacaniana “todos proletarios” indica la proletarización del sujeto cuando se convierte en individuo sometido la mercado, pero es claro que, como algunos pueden consumir más que otros, no resultan todos iguales” (Karothy, 2005: s/n).

Los conceptos de Karothy, que suscribimos, apuntan a lo que en un momento estelar del pensamiento Elías Canetti denominara *masse*, masa, que es la pérdida de la individualidad para hacerse maleable al poder. Estamos habitando el tiempo en que se enseorea lo que Alain Finkielkraut mentara como la derrota del pensamiento. Acaso no pensamos en las elites filosóficas pero sí en los grupos dirigentes y en los consumidores. Es en esta masa en donde se gesta la proletarización lacaniana ya aludida.

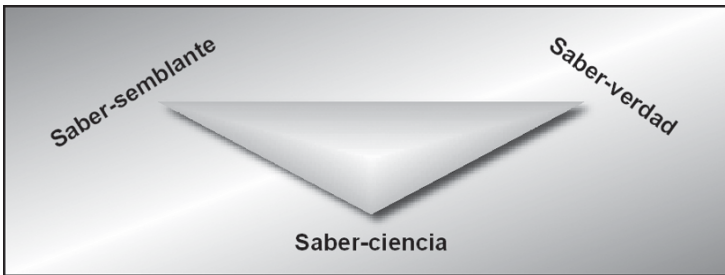
De igual, y como lo analizábamos en la sección primera de este trabajo y a propósito de un trabajo del profesor Omar Guerrero, la gestión pública en tanto operatoria y labora concreta se inscribe en el mundo que, a su turno, es tributario de un discurso pergeñado en el seno del segmento de los privados. Toda la nomenclatura, lo recordamos, que arriba al gestor público es importada desde ese exterior en donde la eficiencia y la eficacia, la meta y el logro, el marketing y el mercado son sus signos más emblemáticos. Objetivamente, hay un respaldo ideológico venido desde la economía que con autores como Friedman y Hayek ha llegado a semejar como una red epistemológica validada, en un diseño en que el Estado parece reducir su tamaño para abrir espacios a un mercado sabio y regulador, con la fantasmática presencia de la “mano invisible” de Adam Smith. Desde allí que parece coherente el traslado de tal semiología y tal semántica a campo público.

El tema es ahora si, como se sospechara más arriba, la reflexión que se vuelca en la gestión pública está en curso de no ser sino una afirmación en cubierta para validar lo que el objeto proclama, sin entrar al cuestionamiento del objeto. Con todo, se genera indubitablemente un saber. Los saberes, profundamente asumidos por los sujetos, son respetables en cuanto están cargados con unos procedimientos que aseguran el respaldo de la razón, esto es, con una voluntad de observar lógicamente, coherentemente, los fenómenos y las cosas, aquí el manejo de la cosa pública, su gestión. Esta problemática –porque lo es– es parecida a la que acontece en otros saberes que se forman y conforman en la mirada especular: el derecho, la sociología o la misma economía.

Esto genera suspicacias y querellas, puesto que así contemplado el fenómeno discursivo podrá estar condenado a su invalidación e incluso a la resignación filosófica de que ellos no valen o, expresado de otra manera, que son desechables. Michel Foucault, en cambio, nos enseñaría que el estudio de los registros civilizatorios ameritaban lo que el llamara la arqueología del saber, esto es, el seguimiento de la estructuración de aquello que aunque no consagrado era, no obstante, un segmento que pegado a otros constituiría o posibilitaría la consagración ante el mundo de un verda-

dero saber. Esto a guisa de comentario adicional para evitar las descalificaciones ejecutadas con premura y prejuicio. Es imperativo recuperar los procesos que aunque no científicos o simplemente doxológicos, tienen detrás de sí ni más ni menos que al sujeto humano y, claro está, sus anhelos, sus visiones y proyectos, sus aciertos y caídas.

Hace menos de una década, J.A. Miller y otros hemos comenzado a trabajar un modelo, gestado en la que podríamos nombrar como la epistemología psicoanalítica, que comprende virtualmente todos los saberes posibles en una especie de “ars combinatoria” que evite el prejuzgar sino que, antes bien, poder conceptualizar aquellos ingenios que en su sistematización hacen los saberes. Dicho modelo, puede encontrarse en dos trabajos muy relevantes a la hora de pretender un eventual certidumbre sobre estas cuestiones. El primer trabajo debe su autoría a Jaques Alain Miller (1999) y el segundo, derivado del primero, a Mónica Torres (2000). Ambos trabajos pretenden, en lo que es pertinente, establecer una diferencia en tres tipos de saberes posibles: el saber-semblante, el saber-verdad y el saber-ciencia. El primero apunta a la enseñanza universitaria, básicamente retórico y se opone al saber-verdad ya que este incluye al sujeto humano en tanto que el saber-ciencia lo excluye definitivamente. Estos saberes se triangulan como sigue:



Leamos a Mónica Torres. “(Miller) Propondrá todas las agrupaciones posibles tomando las variables de a dos y dejando una por fuera. Por ejemplo, si agrupamos juntos al saber-semblante y al saber-ciencia, nos queda por fuera el saber verdad que es el único que incluye al sujeto. Es decir, el saber-semblante y el saber-ciencia, excluyen al sujeto, mientras que el saber verdad lo incluye, y es por ello que se oponen. Otra posibilidad es que coloquemos juntos el saber-semblante el saber-verdad, y los oponemos al saber ciencia; en esta otra variación, el saber-semblante y el saber-verdad tienen en común que son axiomas artificiosos o retóricos (simbólico e imaginario), es decir que hacen a la doxa, a la opinión y no al matema, mientras que el saber-ciencia es el matema, por lo tanto es el que se aplicará a lo real. Nos quedarán entonces el saber-semblante y el saber-verdad de un lado, en tanto artificio, en tanto retórica, opuestos al saber-ciencia, es decir, el matema que se aplica a lo real. Una tercera agrupación

pondría juntos al saber-ciencia y al saber-verdad como opuestos al saber-semblante, y se opondrán justamente por la vertiente del simulacro del semblante versus lo real y la verdad” (Torres, 2005 s/n). Agrega Torres, “lo importante es que Miller no resuelve el juego entre estos tres saberes ni pretende resolverlos...”; y por de pronto, tampoco nosotros.

En efecto, al frente está lo que resta en términos de gramma de los quehaceres y objetos de la gestión pública, conjunto que, asimismo, no se piensa como un saber, sino como puro registro. Es decir, para ser coherente con nuestra textualidad previa, un objeto. Ahora bien, hay un(os) sujeto(s) que estudia al objeto, lo describe, lo piensa y, finalmente, teoriza sobre el mismo, fundándose un saber que, efectivamente, debe ser reenviado al triángulo. Desde nuestro punto de vista, estamos frente a un saber semblante, esto es, frente a un discurso que se apega a lo que Lacan llama el saber de amo, porque es un saber para los amos, el secreto de la Universidad es que es al amo que, aun por mediaciones, sigue sirviendo. Es, como lo afirma Miller, un saber que tiene una función de perro guardián. Este saber se opone al saber verdad que guarda la mismidad del sujeto en sus más profundas conmociones, aunque, claro está, pueden ser conmociones superyoicas, mixtura de una ideología introducida por el discurso capitalista y de la sed de certidumbre de cualquier estudio.

Pero, más allá de esta primera disonancia, es obvio que ambos, saber-semblante y saber-verdad pueden unirse y hacer oposición al saber –ciencia, el único que excluye al sujeto que, conmocionado o no, perturba el advenimiento a lo real, al matema, a la formalización algorítmica que descubriría precisamente lo real de los procesos y fenómenos. En los saberes semblante y verdad, lo que existe es lo imaginario y lo simbólico pero, jamás, lo real.

Es a esta realidad, compuesta de registros y saberes en donde se pretende se asiente el imperio de lo ético. ¿Cuál ética? Sin ningún género de dudas, esa que las masas domesticadas en el consumo, que provee el capitalismo, hacen del gozo del objeto su forma de cohonestar, inconscientemente, su adhesión a la norma ética en donde el gozo del otro está excluido. Es la ética que se refugia en las codificaciones y los protocolos, en donde el sujeto puede seguir por su vereda –acá en Chile se dice “en su metro cuadrado”– y en donde los demás deben ser respetados en la soledad de su propio mundo. Hay, de otro lado, la consagración de ciertas nociones de carácter ético que parecieran ser el expediente o pasaporte para cierta certidumbre: en el campo privado una de estas nociones es la responsabilidad social o corporativa. En los fastos de la res pública esa noción se llama probidad. Las dos nociones son innegables y, por cierto respetables pero, quizá, si no pasan de ser un artificio retórico que, de cumplirse, sólo reafirmará la sustentación de un sistema para sostenerse sobre una colección de sujetos que revalidan por y para ese sistema que les da, a su vez el sustento de sus propias existencias y, claro está necesidades.

Por un nuevo discurso

Hasta el momento lo que hemos bosquejado es una *summa* o repertorio de complejidades que hacen que el abordaje entre el deseable acercamiento entre ética y gestión pública sea un acercamiento que supere la mera retórica y que valide la emergencia de un operador público que sea capaz de asumir su papel con conciencia crítica y que, por lo mismo sea capaz de superar la mera reflexión especular propia de las disciplinas nombradas como ciencias de la administración.

Habría que asegurar que las denominadas ciencias humanas o, como las llamaba Lacan, ciencias conjeturales, proveen herramientas y abordajes metodológicos y que se trataría, entonces de cuestionar, desde la semiótica, la teoría de las ideologías, la epistemología psicoanalítica o la antropología estructural, para desmitificar las ciencias de lo administrativo y transformarlas menos que en surtidores de verdades, como un registro que cual ruido puede ser utilizado como insumo para nuevos constructos culturales que mejoren los procesos gestionales de lo público.

Tras este primer paso, es obvio señalar que estando la ética de ancestro kantiano en franca bancarrota, deberían imponerse las éticas dialógicas de un Buber o un Lévinas, en las cuales el sentido se fabrica en la legitimación de todo otro o, si se prefiere, en la validación de la mismidad responsable por el otro. Sin embargo, en el ánimo de ajustar esta apuesta, quisiéramos hacer dos alcances finales y a propósito de dos autores que superaron notoriamente los lindes de una ética individualista.

El primero, Avishai Margalit, construyó en su magistral *The Decent Society* (1996), un nuevo concepto de la decencia. Margalit anhelaba hacer entender que las concepciones de lo justo, de John Rawls por ejemplo, parecían insuficientes para conseguir un nivel ético aceptable. Su talento consistió en observar a los demás como principio fundador de un bienestar real, de una vía *eudemónica*: la salida era la afirmación de que una sociedad decente es aquella que no humilla a sus componentes. ¿Será necesario agregar que la burocracia en sus ineficiencias toleradas puede ser una fuente de in-decencia?

La segunda aportación indispensable nos viene del último Freud. Tras luchar por constituir conceptos clave tales como el inconsciente, las pulsiones o el mismísimo psicoanálisis, el judaico vienés culmina su obra con la visualización de dos pulsiones básicas sitas en el sujeto y en la sociedad: la pulsión de vida (libido) y la de muerte (mortido)l La una apunta a la conservación y mejoramiento de la vida como un acto creativo; el mortido, al contrario conduce a la auto aniquilación y la destrucción de los otros.

En el cierre, concluyamos que un anudamiento con la decencia y la libido confirmada parecieran ser la vía regia para una ética verdadera. Aquí y acullá. En lo público y lo privado. Adentro y afuera. Ahora y para siempre.

Bibliografía

Burotto, Juan F. (2001), “Sobre El Estatuto del Sujeto Humano, en los Vestigios de la Modernidad”, *Cinta de Moebio* N°12 U. de Chile

Ídem (2004), *La ética en la ingeniería*. Anales del XVIII Congreso de Sochedi. CD-Rom, U del Biobío, Concepción.

Ídem (2005), *Responsabilidad Social e Ingeniería*. Anales del XIX Congreso de Sochedi CD-Rom, U de La Frontera, Pucón.

Ídem (2006), “La ética en la ingeniería”. *Revista de Gobierno y Empresa* n°2 de Sochedi CD-Rom, U de Santiago de Chile, Viña del mar.

Ídem (2007), *Ética e ingeniería en la innovación*. Anales del XXI Congreso de Sochedi CD-Rom, Universidad de Chile, Santiago.

Deleuze, Gilles (1986), *Foucault*, Minuit, Paris.

Freud, Sigmund (1985), *Pourquoi la guerre?* trad. Delarbre et Rauzy, P.U.F., Paris.

Ídem (1979), *Malaise dans la civilisation* trad. Ch. et J. Odier, Paris.

Guerrero, Omar (2001), “Nuevos Modelos de Gestión Pública”, *Revista UNAM* Vol2 n° 3.

Karothy, Rolando H. (2005), “Editorial”, *Contexto en psicoanálisis* n° 8, Lazos, B. Aires.

Lacan, Jacques (1975), *Le Seminaire: RSI* (apuntes).

Margalit, Avishai (1996), *The Decent Society*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

Miller, J.-A. (1999), “El triángulo de los saberes”, *Freudiana* n° 25, Paidós, Barcelona.

Torres, Mónica (2000), “RSI del lazo social”, *Enlaces* n° 4 [ICF –ICBA] Buenos Aires.

* * *

Recibido: 16.06.2012

Aceptado: 25.07.2012